

La ventana que da al patio trasero de la villa

por Janet McGiffin, el 20 de marzo de 2008

translation by Itzea Goikolea Amiano.

Cada mañana una silenciosa muchedumbre se amontona en el patio de una vieja villa colonial del barrio de Garden City, en El Cairo. Miran arriba, hacia una ventana concreta. Quizás hace setenta y cinco años esta villa cercana al Nilo acogería a una adinerada familia de algún banquero o inversor francés, británico o griego que llegaría para construir canales, edificios de oficinas o vías de tren. Construyeron estas inmensas villas, donde celebrarían recepciones en las amplias balconadas sobre el río. Hoy en día, en cambio, la decadente pero digna casona es sede del centro médico de Cáritas. El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para la Ayuda al Refugiado (ACNUR) financia esta organización no gubernamental privada para ofrecer asistencia médica a los refugiados. La masa está en silencio y se comporta de manera correcta, probablemente porque están enfermos, no dando guerra a los diez guardas jurados que los vigilan.

En esta mañana de lunes casi todas las mujeres visten las llamativas y coloridas prendas del África subsahariana. Los trozos de tela las envuelven dejando caer los pliegues, donde sostienen a bebés o a niños, y les cubren las cabezas. Altas, delgadas, morenas de piel, de ojos grandes y expresión tranquila, susurran y dan la bienvenida a las recién llegadas.

En cambio, las iraquíes son diferentes. Resaltan por sus pálidos rostros y porque se cubren la cabeza con los velos que caracterizan a la cultura iraquí: uno que cubre el pelo, las orejas y la garganta, cubierto a su vez por otro colorido. Los sujetan con alfileres y los meten por dentro del cuello del abrigo. También las egipcias llevan dos velos atendiendo a razones de moda, pero además suelen tener estampados vistosos y el viento los mueve por encima de los hombros de las chaquetas. Pero aquí no hay egipcias, sólo refugiadas.

Las iraquíes destacan también por la expresión de sus rostros: una mezcla de *shock*, incredulidad y depresión. Fijan su mirada en la ventana de arriba, calladas, forman parte de la muchedumbre y a la vez no están integradas en ella, solas de pie, aquí y allá. Un espacio vacío rodea a cada mujer iraquí.

Se abre la ventana que está encima de ellas, alta y compuesta por dos lunas que se abren tirando hacia dentro, y que han sido colocadas usando una pesada pantalla de alambre. Se asoma un hombre y lo hace sin agachar demasiado la cabeza. La masa se dirige suavemente hacia la ventana y levanta los brazos al unísono. Muestran sus *Yellow Cards* (carnés de residencia temporal) o *Blue Cards* (carnés de residencia permanente) que el ACNUR les ha proporcionado al otro lado de la ciudad y que permiten a los dueños quedarse en Egipto indefinidamente y acudir a Cáritas cuando lo necesiten.

Eso sí, antes deben conseguir una cita. Mi acompañante iraquí saca del bolso la *Yellow Card* de su suegra, que se encuentra en casa recuperándose de una operación de corazón. La mujer, de 81 años, empezó a tener dolores de pecho cuando se trasladaron al Cairo. Un médico egipcio le practicó una angioplastia con balón, lo que profirió la

apertura de una arteria que estaba cerrada. La operación costó mucho dinero, y los familiares tuvieron que mandarle dinero desde Bagdad, y como la medicación posterior a la operación es también muy cara y Cáritas la proporciona más barata, mi compañera pretende conseguirla aquí.

El guarda jurado de al lado ve que mi compañera sostiene la *Yellow Card* con inseguridad y se acerca, la despliega, haciéndole ver cómo tiene que sujetarla, rígida, bien por encima de la cabeza, para que el hombre de la ventana la vea. Mi amiga da un paso adelante. El hombre baja al rato a por su carné y, entrando al edificio, desaparece. La cita está casi conseguida.

El patio trasero de la villa está sin pavimentar y hay un coche en medio, con lo que la gente se ve obligada a amontonarse para poder colocarse bajo la ventana. Por lo tanto, mucha gente se apila alrededor del coche, del que no me percaté hasta que me acerco a la entrada descubierta del garaje monoplaza que se encuentra en la parte trasera del patio. Siento curiosidad por saber qué hay dentro. Encuentro ancianos que visten bufandas y chales que les cubren las cabezas sentados en unos bancos largos. Hay más bancos apilados en la pared de detrás, pero como el coche se encuentra en el lugar donde éstos deberían colocarse, no se hace uso de ellos. Por otro lado, en las paredes hay cinco grandes pósteres. El primero de ellos informa a las personas cuya inicial se comprenda entre la “a” y la “l” de que pueden pasar a recoger los cheques del dinero proveniente de la caridad por el Banco de Alejandría, y se detallan la dirección y las fechas de recogida pertinentes. El segundo cartel y el tercero se refieren a lo mismo, pero corresponden a diferentes letras de las iniciales y también las fechas difieren. Los últimos dos pósteres listan hospitales y farmacias en los que médicos de Cáritas derivan a pacientes a los especialistas.

Vuelvo al lado de mi acompañante, una mujer cuarentona licenciada en ingeniería y con una gran experiencia en la administración. Su expresión es ahora la del resto de las iraquíes. Murmura que tiene que haber una manera más humana de gestionar las citas que la de hacer a la gente agolparse entorno a un coche aparcado intentando llegar lo más alto posible ondeando la *Yellow Card*. De lo que no habla es de cómo se siente allí, proclamando a todos los mirones que ya no es una mujer con un trabajo bien remunerado, un coche y una casa con jardín, sino una desempleada esperando a entrar en la guerra que se libra en un apartamento lleno hasta arriba de gente.

Dentro de la villa poco nos recuerda que estamos en un centro médico. Fui allá una tarde a charlar con una médico de Cáritas. Su despacho tenía un suelo de madera en mal estado, puertas dobles que desembocaban en un largo pasillo, techos altos y ventanas con postigos. Un ventilador chirriaba. La médico se sentó en un escritorio de metal que tenía delante dos sillas, también de metal. Detrás de la camilla había una pantalla de tela de flores. El primero de los instrumentos de trabajo que usó fue una libreta en la que escribía datos o recetas.

A los médicos y la administración de Cáritas no les gusta mucho más este sistema que el de la espera en el patio. Cáritas Internacional es una confederación de 162 organizaciones católicas de ayuda, desarrollo y servicio social que trabajan en más de 200 países o territorios. La administración dice que no es su trabajo prestar servicio médico a gran escala a víctimas de guerra, y que el ACNUR no les proporciona la

suficiente subvención para perfilarse como la referencia médica de tantos seres humanos que padecen enfermedades a causa de conflictos bélicos. Cáritas preferiría hacer más, ayudar más. La mencionada médico me explicó que se le salrn las lágrimas cada vez que tiene que decir a una mujer envuelta en llamativas telas que no hay dinero para operaciones o rehabilitación en los casos de heridas de guerra.

Mientras volvemos a la oficina, mi acompañante y yo nos desviamos y entramos en el Four Seasons Hotel, a una calle de Cáritas. El grandioso despliegue de flores exóticas no provoca ningún interés en mí; pienso en que la donación anual del coste de esas flores a Cáritas no supondría ni lo más mínimo para el presupuesto del que dispone la gran cadena. Una nueva guerra en Oriente Medio ha remplazado a otra y refugiados de este otro país son los que ahora miran al patio trasero de la digna villa en Garden City, en El Cairo.